

Böckler Guzmán, Carlos, Colonialismo y revolución, México, Siglo XXI Editores, 1977.

Guatemala: la luz se hizo sombra

Como muchas naciones latinoamericanas, Guatemala ha vivido y sufrido cruentos acontecimientos a lo largo de ya más de cuatrocientos años de historia. La conquista y colonización, así como su posterior e “independiente” incorporación a los imperialismos contemporáneos, dibujan en las líneas de su mano una divisa ignominiosa: la de la violencia sistemática, cotidiana e institucional, sobre los sectores masivos –indígenas y populares– de su población. A esta violencia básica se añade la que entre los mismos sectores dominantes busca dirimir sus intereses en pugna.

La historia de Guatemala, sin embargo, demuestra que América Latina es tierra de revoluciones, de impugnación radical y violenta del orden colonial y oligárquico, así como de generación de ideologías antimperialistas que, toda vez que tocaron el seno de la lucha de clases, devinieron en proyectos anticapitalistas cruelmente liquidados. La violencia (militar o no) se ha desempeñado, así, como la principal fuerza restauradora de un capitalismo históricamente heredero de la relación colonial y que no ha sido capaz de incubar una clase dominante plenamente hegemónica. Muy por el contrario, cuando los tribunos de las burguesías latinoamericanas buscaron orquestar proyectos nacionales de desarrollo amparados en las mayorías, defecionaron pronto bajo el peso del imperialismo, o fueron desbordados por esas mismas masas que invocaron y cuya representación se habían abrogado.

El trabajo de Carlos Guzmán Böckler, **Colonialismo y revolu-**

ción, nos coloca sobre ese terreno histórico brevemente esbozado. Pero también sobre el de la “otra” historia. El de la resistencia masiva, popular, indígena, y que corresponde a personajes y a una memoria colectiva. Para Guzmán Böckler, el hilo negro del asunto consiste en realizar el recuento crítico de una historia negra, la de los colonizadores (externos e internos), en la que sólo los hechos realizados por ellos y sus intermediarios “cobran vida; sólo ellos son capaces de singularizar acciones, de tener nombres individualizados, de iniciar y concluir eras, de determinar el destino de los hombres”. En esta misma historia, “al ‘indio’ se le envuelve en la masa, se le anonimiza, se le despersonaliza” (pp. 9-10).

Pero la otra historia está por hacerse. No en balde pesan los siglos de los siglos y toda su basura sobre una discusión que, aunque teórica, debe librar todavía un combate ideológico fundamental que “sólo podrá prosperar en la medida en que sea echada adelante la acción descolonizadora, con todas sus implicaciones, con todas sus consecuencias”. (pp. 9-10). En definitiva, propone Guzmán Böckler, desmistificar e identificar la historia no es otra cosa que el reencuentro de la conciencia y la aparentemente devastada memoria de un pueblo.

Al autor le interesa enfatizar el hecho histórico de la violencia colonial extranjera que, aunque engendrada por un capitalismo de botín (anticipo y base de lanzamiento del capitalismo “propia-mente dicho”), se perpetúa hasta nuestros días y mantiene sus características esenciales: brutalidad impune de quienes ejercitan la violencia y desigualdad como su entorno social natural. Tales formas de actuar y de pensar fueron moldeadas por condiciones materiales basadas en la extracción extensiva de productos agrícolas, en **latifundios** en manos de un reducido secto de propietarios y cuyo objetivo principal fue, y es, la exportación de estas materias primas al mercado capitalista internacional. Así, **hacienda** y **finca** se organizaron como formas de propiedad antagónicas a las de posesión comunal indígena de la tierra. Los asentamientos de indios (encomiendas, reparticiones, reducciones, pueblos, etcétera) se convirtieron en espacios de fragmentación del minifundio, en viveros de mano de obra barata, masiva y estacional para estas grandes unidades de producción agrícola que, por último provocaron “inversamente un empobrecimiento generalizado” de la población dominada, que fue acrecentando su dependencia con respecto al acumulador parcial y, desde luego, al acumulador final, (p. 29).

Aún en nuestros días la sociedad guatemalteca debe sus mejores ingresos (divisas) a este régimen de tenencia de la tierra, sostenido directamente por la burguesía agroexportadora y las capas inmediatas (burguesía de servidumbre y pequeña burguesía ladina)

que directa o indirectamente se deben al mismo. Lo esencial, con todo, es que estas unidades de producción agrícola siguen representando “el centro de la mayor explotación –tanto cualitativa como cuantitativa– de la clase indígena, cuya fuerza de trabajo masiva y estacional es indispensable” (p. 117).

Una estructura de tales dimensiones ha producido y reproducido, en su momento y circunstancias, un encuadre social jerárquico, tan profundamente polarizado que, a la vez, opone y complementa intereses e ideologías que procuran reivindicar y/o legitimar su posición social recurriendo al racismo y a la contraposición étnica **indio-ladino**; esto es, una diferenciación social basada en “la relación de explotación existente del ladino para con el ‘indígena’ (y que) constituye **la contradicción dominante en la estructura de clases**”.* (pp. 45-51).

A todo esto, ¿quién es el “indio”, ese ser social del que Guzmán Böckler se ocupa con pasión y en el que deposita sus esperanzas de cambio y liberación? Históricamente, se trata de la población vencida, maniatada a la potencia colonial en todos los órdenes; esto es, en el económico, administrativo y religioso. Occidente ocupó, paso a paso, todos los espacios (privados y sociales) de la antigua y autóctona población americana: confiscó su razón de ser y en nombre del derecho de apropiación privada amparó “la crueldad generalizada... marca distintiva de la colonización... y la violencia, en todas sus manifestaciones, (que) conduce el quehacer cotidiano”. (pp. 85-114). Así, el “indio” no se hizo, lo hicieron quienes, conquistadores del mundo en el siglo XVI, confundieron a las costas americanas (atlánticas) con las de la India y llamaron **indios** a sus pobladores. En último término (?), impusieron una identidad apoyada en el hilo conductor de la violencia y volvieron en “ningunos” a sus víctimas; de esta manera, la actual coerción no es más que la prolongación de la de ayer:

La Gran Bretaña y los Estados Unidos, tanto en el siglo XIX como en el actual, han recurrido en varias oportunidades a acciones de fuerza llevadas a cabo por sus unidades navales y aéreas, o bien a través de terceros armados y dirigidos por dichas potencias. (pp. 115-116).

Sin embargo, el llamado “indio” resistió desde el principio. Pasada la desarticulación sorpresiva del evento de conquista y la satanización que los misioneros –esos audaces agentes del cambio– realizaron sobre su voluntad colectiva, el colonizado reorganizó en su cosmogonía los pedazos de su original condición social, los ejes comunitarios de una civilización que le había otorgado sutilmente

los elementos materiales y espirituales mínimos para integrarse a naturaleza y sociedad “mediante la estructuración del tiempo y del espacio a través de una dialéctica en la que lo real se torna imaginario y lo imaginario se vuelve real”.* Para Guzmán Böckler la mejor prueba de este aserto se encuentra en los constantes levantamientos o movimientos indígenas sucedidos a lo largo de más de cuatro siglos de relación colonial: el proyecto de vida y la identidad colectiva del pueblo indio (guatemalteco) no fue esencialmente modificado gracias, precisamente, a la permanencia del sistema colonial.

La efectiva dialéctica histórico-social que envuelve (y envolvió) la contraposición **indio-ladino**, evidentes productos de este sistema, no puede ser resuelta sino en y por la totalidad de sus componentes. Ella, como relación asimétrica que es, goza de total vigencia al interior del bloque dominante en dicho sistema, pero, en el bloque dominado –por lo menos en términos de **lucha de clases**– cobra una significación sustancialmente diferente. Y si la “otra” sociedad, la india, ha conservado como tal sus rasgos esenciales de identidad (conciencia de pueblo, uso de su lengua, recuperación de la tierra en común, la religión y las normas del derecho, etcétera), gracias a estrategias de resistencia durante tanto tiempo, ¿por qué no podría seguir no sólo haciéndolo, sino también reivindicar e imponerlos al conjunto social en un acto de liberación pleno? (pp. 195-262).

En todo caso, la cuestión está lanzada. Las historias al respecto, oficiales las más de ellas, no contestan la problemática planteada por Guzmán Böckler:

el ataque combinado de la explotación económica y de la despersonalización a través de las armas ideológicas, llevado a cabo a la manera occidental, se han estrellado ante el “indio”, el cual ha podido sanar de las heridas profundas infligidas por la colonización. (p. 267).

La descolonización, si es práctica revolucionaria, no significa así sólo el resquebrajamiento del régimen de propiedad, sino el concebir simultáneamente (en la historia y en las ciencias sociales) al indio como un verdadero **creador** colectivo. Tal vez por fin la sombra se haga luz.

Augusto Urteaga Castro Pozo

* Carlos Guzmán Böckler, **Memoria colectiva, identidad histórica y conciencia étnica en Guatemala**, México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH, El Colegio de México y Editorial Nueva Imagen, 1978 (en prensa).